

FIONA BARTON



LA
SOSPECHA

**LAS EXCLUSIVAS SON SIEMPRE SUYAS
AHORA, ELLA ES LA NOTICIA.**

 **Planeta**

FIONA BARTON

LA SOSPECHA

Traducción de Albert Fuentes

 Planeta

Título original: *The Suspect*

© Fiona Barton, 2019

© por la traducción, Albert Fuentes, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 240: © *Firestarter*, 2012 XL Recordings Ltd., interpretada por The Prodigy

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20933-1

Depósito legal: B. 8.947-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Domingo, 27 de julio de 2014

La periodista

La llamada llega a las tres de la madrugada. El estridente ring del teléfono en la mesilla de noche abre un boquete en nuestro sueño. Alargo la mano para silenciarlo.

—Hola —susurro.

Me responde un murmullo de interferencias. Me aprieto el teléfono al oído.

—¿Quién es?

Noto que Steve se vuelve hacia mí en la cama, pero no dice nada.

El silbido de las interferencias cesa y oigo una voz.

—Hola... Hola —dice, buscándome.

Me incorporo de un salto en la cama y enciendo la luz. Steve refunfuña y se frota los ojos.

—Kate, ¿qué pasa? —murmura.

—¿Quién es? —repito, aunque sé de quién se trata—. ¿Jake?

—Mamá —dice la voz, y la distancia distorsiona la palabra. O quizá es el alcohol, pienso con disgusto—. Siento haberme perdido tu cumpleaños.

La línea vuelve a silbar y se corta.

Miro a Steve.

—¿Era él? —pregunta. Asiento.

—Siente haberse perdido mi cumpleaños...

Es la primera vez que nos llama en siete meses. Me ha escrito tres emails, pero nuestro hijo mayor nos dijo desde el primer momento que no estaría localizable por teléfono. Dijo que quería librarse de todo el estrés que le provocarían nuestras constantes llamadas. Que prefería ponerse él en contacto con nosotros.

La última vez que llamó fue la mañana de Navidad. Esperábamos que viniera a pasar las fiestas, que abriera los regalos con nosotros y preparase su indigesto vino caliente. Se lo propusimos y luego se lo rogamus por correo electrónico. Incluso le compramos un billete de avión cuando pareció que daba su brazo a torcer. Pero Jake no vino, y sólo nos obsequió con una llamada de diez minutos el día de Navidad. Steve cogió el teléfono y habló con él; yo no me apartaba de su lado. Luego Jake pidió hablar con su hermano pequeño, Freddie, y por último conmigo, su madre.

Ese día arrullé el teléfono como si pudiera sentir el peso y el calor de su cuerpo, y procuré escuchar y no hablar. Pero mi hijo se mantuvo distante mientras los

segundos se desgranaban en una cabina telefónica perdida en alguna parte, y al final me vi convertida en inquisidora.

—Bueno, cuéntame dónde estás, cariño.

—Aquí —respondió riéndose.

—¿Sigues en Phuket?

—Sí, sí.

—¿Y estás trabajando?

—Pues claro. Hago varias cosas.

—¿Cómo andas de dinero?

—Me las arreglo, mamá. No te preocupes por mí.

Estoy bien.

—Bueno, mientras seas feliz... —me oí decirle. La solución cobarde.

—Sí, estoy feliz.

Después de colgar, Freddie me puso una copa de prosecco en la mano y me dio un beso en la mejilla.

—Vamos, mamá. Está bien. Seguro que se lo está pasando genial tomando el sol mientras nosotros tenemos que aguantar toda esta lluvia.

Pero yo sabía en el fondo de mi corazón que mi hijo no estaba bien. Su voz se había vuelto desconfiada. Y además estaba esa risa nerviosa. No era la voz de mi Jake.

Viernes, 15 de agosto de 2014

La madre

Lesley volvió a revisar la bandeja de entrada. Por si acaso se le había pasado por alto el mensaje. Sabía que no era así, pero dejar de buscar supondría tener que actuar. Estaban de acuerdo. Tenía a Malcolm detrás, observando todos sus movimientos. Podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo.

—¿Algo? —preguntó Malcolm.

—No —dijo ella.

—Voy a llamar a la policía.

Ella asintió. En toda su vida de casados nunca habían tenido que llamar a la policía. El mundo de la policía era otro. Ese mundo salía en la televisión o en los periódicos. No tenía nada que ver con el suyo. Lesley se puso a temblar cuando Malcolm descolgó el teléfono. Quería decir-

le que esperase. Que aguantara un día más. No abrir esa puerta. Que aquel mundo no entrase en sus vidas.

—Mal —dijo ella, pero él la miró sin dejar de marcar el número, haciéndola callar. Oyó el zumbido de la nevera y un coche que pasaba por la calle. La vida que continuaba.

—Hola. Quiero denunciar la desaparición de mi hija —le oyó decir a su marido.

Esa vida había terminado.

—Una semana. Hace casi una semana que no sabemos nada de ella ni de la amiga que la acompaña —explicó él—. Ayer llegaron las notas de sus pruebas de acceso a la universidad, pero todavía no se ha puesto en contacto con nosotros... Se llama Alexandra O'Connor... Dieciocho años... Los cumplió en mayo.

Lesley recordó haber glaseado la tarta de cumpleaños. «El glaseado no se parecía en nada a Ed Sheeran aparte del pelo rojo, pero a Alex le encantó.»

Volvió a concentrarse en su marido y lo oyó disculparse:

—Lo siento. Pensaba que ya se lo había dicho. Está en Tailandia, viajando de mochilera con su amiga, Rosie Shaw. En su último mensaje de texto nos dijo que todavía estaban en Bangkok.

Malcolm tardó veinte minutos en describir la situación, explicar los detalles que conocía y escuchar los consejos de la policía. Después de colgar, se frotó los ojos y se quedó un momento con las manos en la cara.

—¿Qué? ¿Qué te han dicho? —preguntó Lesley, y su

voz sonó fuerte, desfigurada por el miedo—. ¿Con quién has hablado? ¡Dímelo!

Su marido levantó la cabeza y la miró como si quisiera cerciorarse de que aquella mujer que gritaba en la cocina era en realidad su esposa.

—Han anotado todos los detalles, cariño. Ya me has oído. He hablado con una agente. La subinspectora Zara Salmond. Lo he apuntado todo en un papel. —Cogió un pósito de la encimera de la cocina—. Aquí está. Mira.

Lesley tiró el papelito de un manotazo y éste cayó blandamente sobre las baldosas del suelo.

—No me vengas con eso. ¿Qué te ha dicho esa mujer? ¿Qué piensan hacer para encontrar a Alex y a Rosie?

Malcolm se agachó para recoger el papelito y lo volvió a pegar sobre la encimera. A Lesley le dieron ganas de abofetearlo.

—¡Malcolm!

—Lo siento, cariño, pero vamos a necesitarlo. —Le hablaba despacio, como si fuera una abuelita—. Me ha dicho que van a trasladar los detalles a la Interpol y que tenemos que llamar a la embajada británica en Bangkok. Eso es lo que aconsejan. Pero también me ha dicho que es algo que ocurre todos los días, gente joven que se va de viaje y luego se olvida de llamar a sus padres. Me ha indicado que todavía es pronto y que ella intentaría no preocuparse demasiado.

—¿Así que piensa que todo saldrá bien? —Lesley deseó con todas sus fuerzas que le respondiera que sí o por lo menos asintiera. «Ojalá todo salga bien...»

Malcolm negó con la cabeza.

—No lo sabe, cariño. Tenemos que llamarla si Alex se pone en contacto con nosotros, o si pasa otra semana sin que tengamos noticias tuyas.

—Las tendremos, ¿no?

Malcolm la atrajo hacia él.

—Claro que sí. Querrá saber qué notas ha sacado en las pruebas de acceso. Mañana o pasado. Terminará apareciendo, ya lo verás.

Lesley se secó los ojos con un trozo de papel de cocina y trató de transmitir optimismo.

—Será mejor que vuelva a llamar a Jenny —señaló, contenta de tener algo práctico que hacer—. Le dije que la llamaría después de hablar con la policía. Se puso un poco nerviosa cuando se lo comenté ayer.

—Supongo que estará tan agobiada como nosotros. Rosie es hija única. Y Jenny no tiene a nadie.

Malcolm se había puesto a teclear en el portátil.

—La policía quiere una foto. Les he dicho que les enviaría una. Luego buscaré el número de la embajada.

Lesley miró la pantalla por encima de su hombro. Había elegido una foto que Alex les había enviado en la que salían las dos en un taxi tailandés de tres ruedas, un *tuk tuk*, el mismo día de su llegada, sonriendo de oreja a oreja, con todo el fondo desenfocado.

—Por lo menos están juntas —apuntó Lesley, y se puso a llorar sobre la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en los brazos.